



Enrique Labrador Ruiz

Juan Ramón Jimenez, Georgina Hübner y don Pepe Gálvez



PARA recordar hoy a don José Gálvez no es el motivo político lo que me da pie, a pesar de haber salido a la cabeza de los senadores triunfantes en Lima, porque también ha sido antes Vicepresidente de la República, Ministro de Justicia, *factótum* electoral en muchas ocasiones. El nieto del héroe del 2 de mayo de 1866 por la definitiva emancipación del Perú y de la América del Sur, él mismo un patriota ardiente, va a presidir el Senado ahora... Sin embargo, el anuncio de la inminente aparición de una antología de sus prosas y otra de sus versos nos complace en grado sumo a tantos amigos que más bien quisiéramos las reediciones de *Una Lima que se va* o *Bajo la luna*, donde el grajejo inigualable y el aliento poético de este autor alcanzan metas muy altas. Tal vez ello se concrete en el homenaje que la Asociación de Escritores y Artistas, de la cual es presidente de honor, le viene preparando. Es lo permanente para un escritor: sus libros, esos banquetes platónicos que no acarrearán disturbios de ninguna clase.

Relativamente hace bien poco estuve a saludarle en su humilde casita de la calle Mayta Cápac, en una residencial limeña. Le visité un domingo en la mañana, sin previo aviso, y el poeta me recibió en seguida. Lleva con gran prestancia sus 70 floridos, pelo y barba blan-

cos. Cuando me saluda tiene todavía en sus manos pruebas de imprenta; los libros se amontonan en su minúsculo despacho. Pule una crónica semanal sobre semántica, costumbrismo, antigüedades nacionales... sobre cualquier cosa, pero sugestiva, pero atrayentemente. Escritor de estilo acrisolado se empeña en mejorar el habla del pueblo y recoge entretanto el tesoro de lo arcaico, de lo que tiende a desaparecer. Bueno es que se diga que es un helenista, un quichuista, un filólogo que ama lo vivo y lo despierto. Le ofrezco unos tabacos:

—No fumo —me dice—, pero tal vez alguien por acá los aprecie mucho.

Y vamos a la teoría del tabaco, de que si se llama así por la hoja o por el instrumento que servía para fumarlo. Don José expone opiniones y yo me quedo atento desde el humo de mi breva.

Es el 17 de octubre. El Señor de los Milagros saldrá mañana en procesión. La fastuosidad de esta ceremonia enriquece el historial católico limeño. Desde hace trescientos años una multitud afebrada guarda devoción sin límite hacia esta imagen que pintara un pobre negro, esclavo de Pachacamilla, en un lienzo de pared. Su cándido aspecto mueve al fervor más profundo; y ahí tenemos quince cuadrillas de cargadores de ochenta hombres cada una para llevar en hombros las andas. Después de una jornada de cuatrocientos metros se relevarán a su turno, pues que pesa esta imagen y todo su paramento veinte quintales. Solamente los cuatro ángeles que adornan sus costados, ángeles de plata maciza, pasan de los ocho quintales. ¡Y las flores! Y el tremendo río de pétalos que le cae de cada balcón. El color morado va a imperar un par de días por lo menos: escapularios, vestidos femeninos, ropas de hombre, capas, cirios..., todo será morado como el color de sus vestiduras.

—¡Qué fe tiene este pueblo —le digo al doctor Gálvez— en su Señor!

—Recibe una cantidad enorme de ex votos de plata y oro. Se recogen en grandes canastas que luego han de fundirse. Ya verá mañana posiblemente la “resucitada” que carga la cruz; los que caminan descalzos; los que andan de rodillas; los que se flagelan en señal

de gratitud, en pago de alguna penitencia... , los adoradores tenaces de la liturgia.

Las monjas Nazarenas conservan en su convento la sagrada imagen, ola de amor en el pecho... , y en medio de todo esto surge hacia la Avenida Tacna o la Plazuela de la Inquisición, mil tenderuchos llenos de fritangas y aguardiente.

—El turrón de doña Pepa es el dulce clásico de estas fiestas —me habían dicho en alguna parte ya.

Y aquellos que bailan en jaranas de callejones:

—Hermanón... Los turroneros hacen su agosto en octubre.

El costeo peruano (ese choteíto, esa sorna singular que festeja en agriduce acento) agrega que doña Pepa no existió jamás, pero que es bueno agarrarse a ese mito coquinario porque siempre no se va a estar corriendo detrás de un cebiche, el cau-cau, los anticuhos que se toman bajo el pendón de una picantería o bien esa pachamanca con choclos en medio del campo. Hay que variar...

Siendo Gálvez un experto en tantas cuestiones, quiero dejar a un lado esta actualidad y le provocho a hablar de la *replana*, esa germanía que se emite por la vuelta de Malambito y que ahora algunos jóvenes quisieran poner de moda como en Buenos Aires el lunfardo.

Yo sé que *ánima de cuatro tabas* es el carro patrullero; *bata*, el estómago; yo sé que *Alto Lirio* es el Jirón de la Unión junto a la plaza San Martín, el centro, y *chata verdún*, ron de caña. *Paliso sonatril*, guitarra y *ribera*, no tengo un centavo. *Lote*, mujer; *lompa*, pantalón... En un país en que le dicen a uno “que lo pase usted bonito”, suma cortesía, es increíble que medre esta jerga bárbara, y sin embargo...

—Yo me ocupé especialmente de quichuísmos... De la bajo-pontina *replana*, no. Otros son los especialistas —me responde Gálvez.

Y aquí viene lo bueno, puesto que el ilustre amigo prepara un diccionario de esta lengua y en sus rebuscas ha podido hallar fáciles entroncamientos de ella con el... griego. Y esto no son manías he-

nísticas, según él mismo comenta, sino verdaderos hallazgos de subido mérito.

Tomo de un artículo suyo este párrafo: “El al parecer criollísimo *combo* para algunos tan limeño y aun más propiamente chalaco y *zamba* la del decir festivo en las marineras, mozamalas o zamacuecas, es tomada del heleno, como el golpe procede de *kimbo*, objeto cóncavo, y, por ende, catacumba y los cantariños cimbel y címbalo. La comba de las cometas, griego también este último vocablo, significador de cabellera es, asimismo, helénico y hasta la *quimba* considerada como americanismo por la Academia, aunque no la haya considerado ni Juan de Arona, ni Cuervo, ni el padre jesuíta Restrepo, ni Diez, ni Monlau como procedente del idioma de la Hélade es evidente su parecido no sólo con el *kimbé*, denotador de curvatura, sino del *skimpos*, lo contoneante, el esguince, en bien contada expresión, el garbo con el cual la Academia lo trata como americanismo...”

Le hablo de que el arqueólogo americano John H. Rowe anuncia que será “oficializado” el alfabeto quichua.

—No tiene nada de extraño y lo espero con entusiasmo.

De pronto le digo:

—¿Me haría usted el favor, doctor Gálvez, de contarme algo de aquello en torno a Juan Ramón Jiménez?

—¿Lo de Georgina Hübner? Es agua pasada... Fué en el verano de 1904.

—Pero todavía interesa.

—Bueno... Por ese año de 1904 trabajaba yo de amanuense en la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima y era uno de mis compañeros don Carlos Rodríguez Hübner. En cierta ocasión vimos en *Blanco y Negro* o en el *A B C* (no podría ahora precisar) un juicio sobre Jiménez y algunos versos suyos que nos gustaron mucho. No conseguíamos obra alguna del poeta y ocurriéndonos escribirle con el nombre y apellido de una prima de don Carlos. Aceptó ella y yo, poseedor por entonces de letra de tipo delicado, me encargué de la grafía y escribí, con la colaboración de Rodríguez, la primera misiva. Tuvimos suerte, pues a vuelta de correos recibimos un volumen

Juan Ramón Jiménez

de poemas. Continuó la correspondencia. Juan Ramón parecía estar enamorándose de su corresponsal limeño y anunció venir... En esta situación Georgina Hübner —que dicho en su honor no quería continuar la broma— nos llamó a capítulo... Ya había declinado la dedicatoria del libro *Jardines Lejanos* y hasta ahora conserva un ejemplar con la aljamiada escritura del poeta: “A Georgina, este libro que debió ser todo para ella”. Convinimos entonces en aparentarla muy enferma; recluirla en un balneario; alejarla de su tentación; de su pasión...

—¿Pero era tan fuerte? *

—No se lo figura usted. En eso llegó una rogativa del poeta, enérgica y rotunda, el último grito de “quiero verte”. “Iré hacia ti —anuncia— por sobre todas las dificultades; a casarme contigo al borde del sepulcro si es preciso”. Esto ya eran palabras mayores.

Debe decirse que, señorial y retirada, todavía en la fecha de mi visita vivía en Lima, precisamente en Miraflores, Georgina Hübner. Y debe decirse porque un cónsul del Perú, en aquellos días, dió razón de su muerte al pobre poeta desesperado, y con ella fin a la inocente travesura. Juan Ramón publicó a la sazón la siguiente *Carta*:

*El cónsul del Perú me lo dice: “Georgina
Hübner ha muerto...”. ¡Has muerto! ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué día?
¿Cual oro, al despedirse de mi vida, un ocaso,
iba a rozar la maravilla de tus manos
cruzadas, dulcemente, sobre el parado pecho,
como dos cirios malvas de amor y sentimiento?*

*...Ya su espalda ha sentido el ataúd blanco,
tus muslos están ya para siempre cerrados,
en el tierno verdor de tu reciente fosa
el sol poniente inflamará los chuparrosas...*

Es una elegía dedicada a la que está “en el cielo de Lima”, a la muerta que no ha de olvidar, la que cerró sus ojos en el balneario

de la Punta... Y yo me pregunto ahora: ¿Alguna vez se habrán visto? ¿Cómo sería ese encuentro? ¿Qué piensa de la broma Juan Ramón..., qué ha pensado en tantos años transcurridos? Gálvez no dice nada de ello; yo callo.

—Y eso de Jorge Miota ¿es cierto? —digo por romper el silencio—. Me refiero a la invención del vocablo *huachafa*, ese peruanismo tan agudo.

—Mire usted —me dice el doctor Gálvez—; Miota por lo menos es el introductor de su valencia de cursi y estrafalario. ¿Quichuismo? No lo sé... En Colombia *guachafita* significa pendencia, tremolina. En el lenguaje culto y popular nuestro, no. Un *huachafoso* tal vez sería el *picúo* de ustedes; y la *huachafaría*, el conjunto, la modalidad de un grupo de gente pintoresca y detonante. Cursi, cursi. A Jorge Miota habrá que recordarlo por muchas razones, sí. Se inició en literatura hacia 1904 —el año de la broma a Juan Ramón Jiménez— y murió loco en Buenos Aires, en 1926, después de su viaje a Europa.

La Habana, 1956.